

LAPASINZA

Las historias del desván se intercalaban con otras que vivía con mis primos en la realidad de todos los días, y que también tenían mucho de aventura.

Por ejemplo recuerdo algunas de aquel otoño:

Mi abuelo decía que aquel había sido un año extraordinario para la uva y que teníamos que hacer la vendimia en muy pocos días para que la cosecha fuese redonda... Yo no sabía muy bien que quería decir "redonda" aunque suponía que debía ser una buena cosecha.

-Abuelo, ¿vendimia es cortar las uvas y llevarlas a la bodega? –intervino Isabel mirando a Sara, que por el gesto parecía no tener ni idea.

-Sí, es exactamente eso y es una de las épocas más bonitas del campo, porque yo recuerdo que los niños acompañábamos a los mayores y mientras ellos cortaban racimos sin parar, nosotros íbamos por delante, de cepa en cepa, buscando los granos de uva más maduros y más sabrosos. Y las uvas blancas de Sanfelíz desde luego eran las más sabrosas del mundo.

-¿Y dónde estaba la bodega en Sanfelíz? –preguntó Sara.

-Pues estaba... recordáis que en el cuadro se ve de frente una galería y que delante de la galería hay un corral con un pequeño tejado de pizarra, pues justo debajo de la galería había una puerta que llevaba a un pasillo que comunicaba con las cuadras y con la bodega.

El primer día de la vendimia habían venido todos los primos de Paradela y algún familiar y amigos de Salime y de Alveira, así entre todos en dos ó tres días se hacía la vendimia.

A mis primos, los mayores, no les hacía ninguna gracia, porque ellos sí tenían que trabajar, y mucho, y buscaban cualquier disculpa para poder hacer cualquier otra cosa que no fuese estar doblado continuamente cortando los racimos ó cargándolos en cestas hasta el carro que los transportaría hasta la bodega.

Así que Pepe, el mediano de mis primos, llegó corriendo diciéndole al abuelo, a mi abuelo y al suyo, es decir a vuestro tatarabuelo, que la vaca roxa había entrado en celo y tenían que llevarla al toro.

El abuelo refunfuñó pues, aunque podía ser cierto ya que el xatín que tenía estaba destetado y ya era mayor, como se trataba del primer día de celo podía esperar. Así que le cortó la intención a Pepe, y le invitó a que se pusiese con todo el interés a vendimiar.

Lo cierto es que el interés de Pepe, además de llevar la vaca al toro, era por no vendimiar y también por ver a una chica que le gustaba mucho en Susalime. -Lo de la vaca, como todo lo relativo al campo, pero lo de la vaca especialmente, tenía a Isabel y a Sara sumidas en una duda que les impedía centrarse en el relato.

-¿Qué es lo que no entendéis?

-Lo de la vaca –las dos a la vez.

-Vamos a ver... las vacas llevan a los xatinos en la barriga hasta que nacen... pero no son hijos de la vaca solamente, sino que tienen un papá que es el toro...

-Pero no entiendo lo del celo... -repuso Isabel.

-Pepe se dio cuenta que la vaca estaba en celo, es decir, que quería un papá para tener otro hijo porque cuando estaban en el prado pastando, se acercaba a las demás vacas, las incordiaba, saltaba sobre ellas... y por una serie de cosas más, por las que los dueños enseguida se dan cuenta. Y entonces lo que se hace es llevar la vaca para que esté un tiempo con el toro... Bueno, estas cosas supongo que ya os las explican en el colegio ¿no?

-No –contestó Sara tajante.

-Sí –le llevó la contraria Isabel.

-¿Queréis que siga con el relato de la vendimia sí ó no?

-¡Sí! –Las dos a la vez.

-Pepe no tuvo más remedio que ponerse a vendimiar y Félix, que era el primo más pequeño, conducía el carro tirado por dos bueyes cargado de uvas hasta la bodega.

Allí estaba el abuelo, que era quien dirigía toda la vendimia, y varias personas en la tarea de pisar las uvas.

-¿Para qué pisaban las uvas?

-Vamos a ver, Sara, si tu coges un racimo de uvas, ó varios granos, los estrujas... ¿qué ocurre?

-Pues que sale zumo.

-Exacto. Y si en una tinaja, que es como una cuba de madera sin tapa y con un agujero por un lado del fondo, se van vertiendo los cestos de uvas y hay varias personas pisándolas ¿qué pasará?

-Pues que sale el mosto... -Isabel ya matizó más.

-Efectivamente, y ese caldo es el que va a unos enormes toneles para que fermente y con el tiempo se haga vino.

-¿Qué es fermente? –preguntó Sara.

-Fermentar es dejar el zumo de la uva, junto con los restos, es decir pellejos, semillas, etc. en reposo y con el paso de los días va cogiendo calor, el zumo queda abajo y las pieles y las semillas flotan para poder sacarlas... Este es un proceso que también os explicarán en la escuela.

-No, abuelo, en la escuela no nos hablan de esto.

-Sara, es porque tú todavía eres pequeña, pero ya verás como sí.

Isabel cayó, como asintiendo a que efectivamente cuando se es mayor esto se estudia en la escuela, pero sin mucho convencimiento, y cambió el tercio.

-¿Tú también te metiste en la tinaja a pisar?

-Sí, los pequeños nos metíamos, al menos al principio, y lo pasábamos requetebien... Recuerdo que mi prima Amelita quiso ser la primera en saltar a la tinaja, ganándome a mí, y como ya habían empezado a pisar, se pegó un gran resbalón enterrando la cara en medio de toda la uva ya pisada, cuando se levantó su cara parecía una mora.

-Nunca nos habías hablado de Amelita ¿Quién era?

-Ah sí es verdad, pues Amelita era la hija de mi prima la mayor, Amparo, la que vivía en La Manceba. Y siempre cuando llegaba la vendimia la traían para Sanfelíz a pasar unos días.

El día de la vendimia no comíamos en casa; Marce, mi tía, siempre llevaba a los viñedos una cesta repleta de comida y en uno de los descansos todos se reunían alrededor de la cesta que tenía cosas muy ricas: tortilla, jamón, lacón cocido... pero lo más rico de todo eran las mantecadas que mi tía hacía para aquella ocasión. Y claro, los mayores lo acompañaban todo con el vino de la cosecha del año anterior deseando que el de la cosecha de este año fuese aún mejor.

El primer día de vendimia nos caíamos rendidos de sueño por el cansancio de ir y venir a los viñedos, de pisar las uvas, de llevar agua para los vendimiadores... de comer tantas uvas...

Al día siguiente, el segundo día de la vendimia, nos levantamos muy temprano, y el abuelo Manuel ya tenía dispuestos todos los preparativos, y en cuanto llegaron los que venían a ayudar de Salime, se dirigieron a los viñedos. Pepe era el encargado de sacar al ganado para los prados, y para que el abuelo viese que la vaca roxa seguía en celo, se apresuró a sacarlas de la cuadra antes de partir para la viña. Y efectivamente, la vaca salió haciendo de las suyas y alborotando a las demás, por lo que el abuelo se dirigió a Pepe y le encomendó que la llevase al toro.

Puesto que eso era lo que Pepe deseaba, dejó a esta vaca en el establo y llevó a las demás al prado. Cuando regresó me invitó a mí a que le acompañase para ayudarle a llevar la vaca hasta Susalime. Para mí aquello era una aventura, así que acepté encantado. Desayunamos, Pepe le puso a la vaca una cuerda amarrada al collar y partimos en dirección al río, la disculpa era ver como estaban las demás vacas, pero como yo pude comprobar después, lo que él quería era cruzar el río a pié, por uno de los vados, para así pasar a la otra orilla y coger el sendero que primero nos llevaría a Salime y después a Susalime, de este modo él tendría más tiempo para estar con su "amiga"...

Pasamos la vega y descendimos por un estrechísimo sendero hasta la orilla. Pasamos el pozo azul, le llamábamos así porque era muy profundo y sus aguas eran de un intenso azul marino, no se veía el fondo y en los atardeces se reflejaban en él los humeiros de la orilla; después de unos metros el río se abría en un amplio cauce de aguas, aparentemente embravecidas, por la estela de espuma que iban dejando, aunque no era sino el reflejo ó consecuencia del fondo cercano.

-Abuelo, no entendí eso de los humeros...

-Humeiros, no humeros... Son unos árboles muy parecidos a los abedules, solo que no tienen el tronco blanco, las hojas son redondeadas y en la brisa de la tarde, cuando la sombra cae sobre el río, se mueven suavemente, como flotando, exhalando un suave murmullo que invade la rivera. Cuando os hablen de estos árboles en la escuela no les llamarán humeiros, sino alisos, que es el nombre en castellano.

-Sara, que más te da como se llamen, son árboles... Sigue abue...

-Pepe conocía bien el lugar, y mejor en aquella época del año, en la que el estiaje se dejaba notar en el caudal.

Así que tiró por la cuerda e hizo que la vaca pusiera sus cuatro patas dentro del agua, que en aquel punto superaba las rodillas de la vaca y las suyas; luego se acercó a mí, me cogió y me puso a lomos de la Roxa. A continuación nos fuimos introduciendo río adentro, muy despacio, mirando el fondo por si había algún pozo, y yo con bastante miedo iba contemplando como el agua cada vez alcanzaba mayor nivel, hasta el punto en que superó las patas de la Roxa y llegó hasta mis pies que colgaban por su barriga. Pepe me miró y dijo:

-Tranquilo, que ya estamos en la mitad, y a partir de aquí disminuye...

-Mi tranquilidad era relativa, pues de Pepe me fiaba menos que de Julio, que era mi primo mayor, aunque desde luego un poco más que de Félix, que era el de las travesuras.

Me cogí fuertemente, como pude, al lomo de la vaca, y en un punto determinado vi como Pepe se enterraba hasta el cuello, en aquellos momentos sentí que la Roxa y yo estábamos flotando. Creo que fueron unos momentos críticos, pero la habilidad del animal nadando me puso a buen recaudo a la otra orilla.

Ahora comprendía porque Pepe se había quitado la ropa y había hecho un atillo con ella, llevándola siempre por encima del agua.

Cuando salimos a la orilla se la puso de nuevo, me bajó de la vaca, que se había entretenido pastando, como si aquella hierba fuese mejor que la del otro lado, y reemprendimos el camino, pero con una advertencia clara:

-Tú, de esto, no digas nada en casa, si te preguntan les dices que hemos ido por el camino de siempre, el de la orilla izquierda que lleva al puente.

-El tiempo que ganamos por aquel atajo, lo perdimos después porque antes de llegar a Salime nos paramos en el molino del Mazo para saludar al molinero y a su joven hija, que parecía ponerse colorada ante Pepe. Tengo que decir que Pepe, según decía mi tía, era uno de los mozos más guapos de por allí.

Viéndolo ahora, desde la distancia, el atajo no fue por ahorrar tiempo, sino más bien por pasar por el molino, pues si fuésemos por el camino normal no cruzaríamos el río hasta el puente de Salime.

Yo, en cierta manera, me sentía orgulloso de mi primo, pues todo el mundo lo saludaba..., concretamente en Salime nos hicieron parar y entrar en una casa para tomar algo... en otras que también nos invitaron no entramos, pero en la que sí lo hicimos había

varias chicas jóvenes que parecían coquetear con él. No sé si sería por la vendimia, pero también en aquella casa había mantecadas, y yo me puse las botas. Fue la impaciencia de la Roxa la que nos hizo continuar, llamándonos con continuos mugidos.

Hasta Susalime empleamos poco tiempo. Cuando llegamos había otra vaca con el toro, por lo que nosotros metimos la nuestra en un corral, indicándonos el dueño que fuésemos hasta el viñedo donde estaba Lucía –la amiga de Pepe-. Cuando llegamos vimos a varias personas, entre ellas a Lucía y a dos niños que yo conocía del verano cuando las fiestas de Salime.

El tiempo pasó pronto... Pepe y Lucía por su lado y yo con aquellos dos amigos jugando... cuando me di cuenta nos estaba llamando el padre de Lucía para recogerse a la vaca y nos fuésemos.

La vuelta la hicimos por el camino normal, cruzando el puente de Salime y llegamos justo para la cena. Mi tía Marce tenía hecha una enorme sartén de pisto: tomates, pimientos y cebolla de Sanfelíz... el pisto más rico que yo jamás he comido.

Nos acercamos Amelita y yo a la cocina de leña, pues mi tía decía que el pisto para ser bueno tenía que ser hecho en esta cocina con madera de fresno. La sartén desprendía un olor que te tiraba para atrás. Las últimas brasas aún daban el suficiente calor para que el pisto burbujeara, sin pegarse, por lo que Marce abandonó la cocina en dirección a la otra, la económica, para llevar cosas para el comedor, y nos dijo:

-Ir al reguero, lavaros las manos y volver al comedor, ya está todo el mundo allí.

-Amelita y yo salimos un poco después, no antes de volver a oler el pisto, y nos fuimos corriendo al arroyo. A la vuelta, cuando pasábamos por delante de la puerta de la cocina de leña, vimos salir a Félix metiéndose en la boca un mendrugo de pan, remojado en el pisto, y corriendo hacia el comedor. Cuando llegó, y nosotros detrás de él, empezó a gritar:

-¡Acabo de ver al Lapasinzá en la cocina de leña! –Dirigiéndose a nosotros- ¿A qué vosotros también lo habéis visto?

-Por el susto no sabíamos que decir, pero intuyo que dijimos que sí.

Félix salió corriendo de casa, mi tía acudió a la cocina, y el grito que dio, a Amelita y a mí nos hizo estremecer pensando en Lapasinzá, pero a los demás les puso en lo peor: quedarse sin pisto, como así fue.

Marce salió de la cocina enfurecida con la sartén en la mano, vacía, pues el pisto se había caído del trípode, donde reposaba la sartén, por el efecto de haber mojado Félix el mendrugo de pan.

Tal fue el alboroto, que yo me creí verdaderamente que había sido Lapasinzá el responsable de todo. Es más, en los siguientes días, cuando se había olvidado el suceso, Félix nos cogía a Amelita y a mí y nos contaba historias del Lapasinzá que nos hacían temblar de miedo.

Pero no fue aquella la última trastada que Félix le atribuyó al Lapasinzá. Terminada la vendimia, ya estaba el mosto fermentando pero aún sabía dulce y no tenía alcohol, había una barrica pequeña que contenía lo que no había cabido en las grandes... pues ocurrió una

cosa parecida; íbamos Amelita y yo para el corral cuando vimos a Félix salir corriendo de la bodega limpiándose los bigotes –y digo bigotes porque por aquel entonces a Félix le estaba saliendo una pelusilla que él presumía de barba- y al vernos empezó a correr gritando ¡Lapasinza!, ¡Lapasinza!... Amelita y yo le seguimos también corriendo y una vez más muertos de miedo.

Al día siguiente el abuelo estaba enfadadísimo porque la barrica pequeña se había volcado y perdido casi la mitad del caldo...

-¿Fue Lapasinza?

-Al Lapasinza de la cocina y al de la bodega no los vimos, pero el último día, antes de que vinieran a buscarnos nuestros papás para irnos a casa, vimos al Lapasinza.

-¿Era el duende del dibujo? –se interesó Sara.

-¿Era así de pequeñito, como una xana? –preguntó Isabel.

-Esperad a que os cuente esto. El pasillo de la casa de Sanfelíz era enorme de largo, tan largo como la casa, llegaba desde la galería hasta la parte de atrás donde estaba la panera. Y al final, a la derecha estaba la cocina económica, donde por lo general cocinaba mi tía y donde de ordinario comíamos, porque era una cocina grande con una enorme mesa de madera de castaño.

-Abuelo, ¿por qué le llamas cocina económica? –preguntó Isabel, casi seguro, en nombre de las dos.

-En los pueblos, por aquellas fechas ó había sólo una cocina, la de leña, la de la garmalleira, ó en algunas casas conservaban la de leña y habían puesto otra mucho más moderna que llamaban económica; era de hierro, tenía una puertecita por delante por donde se atizaba con leña y también tenía un deposito de agua que se calentaba con el fuego, y permitía disponer de agua caliente -la explicación pareció suficiente y las dos pusieron cara de esperar la continuación de la narración.

Pues estábamos Amelita y yo en la cocina con Marce, mientras cocinaba, cuando sentimos que nos llamaba Félix; él estaba en el otro extremo del pasillo, en la galería del final, nos asomamos y le preguntamos:

-¿Qué quieres?

-Llamad a Claudio que no lo encuentro por ninguna parte.

-Claudio era el gato que más nos quería, pues siempre dormía la siesta con nosotros, y también nos acompañaba en nuestras andanzas por los alrededores, eso sí, siempre que no nos acompañase el perro de nuestros amores Rin.

Empezamos a llamarlo, primero uno y después el otro, primero despacio y después más fuerte... hasta que... quedamos paralizados cuando vimos salir de una habitación, la más próxima a la galería, una especie de cesta que caminaba sola pasillo adelante; venía hacia nosotros, al principio despacio pero después a velocidad; el grito que dio Félix: ¡Lapasinza!, hizo que entrásemos corriendo en la cocina a escondernos entre las faldas de mi tía, gritando y llorando.

Ante nuestras voces el "lapasinja" se dirigió a la cocina y entró acercándose a los pies de Marce, quien ya nos había cogido a los dos en el cuello. Mi tía, riéndose, con un pié levantó la cesta:



se parecían a las pisadas de Claudio...

-¡Mirad quien es! ¡Claudio!

Era el pobre Claudio que salía de debajo de la cesta, totalmente asustado, mientras que Félix se desternillaba de risa en la puerta de la cocina.

-¿Y Lapasinja?

-Yo no lo he visto, pero sí puedo deciros que algunas veces vi huellas de ceniza que salían de la cocina de leña... pero eran un poco extrañas, porque
